

CAPÍTULO DÉCIMO

PASIÓN Y LUCHA

Al quedar solos ambos jóvenes, cruzaron una ardiente y larga mirada, sin que ninguno de los dos se atreviese á romper el silencio; mas la conmoción de ambos era tan grande, que no podia ocultarse.

Margarita, con los ojos bajos y el seno agitado, parecía sufrir una violenta lucha interior, en tanto que Adriano, pálido y comprimiendo con una mano los violentos latidos de su corazón, la contemplaba con fijeza. Ambos temían romper el silencio; ambos temblaban á la idea de proferir la primera palabra.

El joven fué el primero que pudo dominar algún tanto su emoción.

—Baronesa—dijo con voz alterada,—hace un año que espero este momento con ferviente anhelo, y hubiera dado muchos de mi vida por conseguirlo antes.

Adriano esperó una contestación durante algunos instantes, mas la Baronesa guardó silencio.

—Hace un año que amo á usted, señora—continuó el joven con melancólico acento,—y sin embargo, todavía no me había sido posible decir-

selo: primero la guardaban las paredes de un convento, después la autoridad de un esposo, y ahora la presencia de un tutor. ¡Ah!—prosiguió el artista animándose gradualmente;—usted no sabe, señora, lo que es esta pasión guardada como un tesoro en el fondo de mi alma. Sin padres, sin hermanos, sin ningún amor que me ligue á la tierra, todos mis amores se han concentrado en usted.

Detúvose otra vez el joven, esperando la primera palabra de Margarita; mas ella permaneció muda é inmóvil.

—¡Ah!—exclamó Adriano tras una larga pausa, durante la cual pareció absorber en sus anchas pupilas la celeste luz de que estaba impregnada la mirada vaga y azul de la Baronesa;—dígame usted, al menos, que llega mi voz á su oído... que no la ofende.

—¡Ofenderme!...—repitió Margarita con tanta dulzura, que el corazón de Adriano saltó de alegría.—¡No lo crea usted así, Mendoza!...

—¿Será cierto?—exclamó el enamorado joven con un transporte indecible.—¿Será verdad que mi amor no ofende á usted?... ¡Ah!—continuó con una indescriptible expresión de ternura y de contento.—¡Dios no sería justo si no premiase mis largos padecimientos!...

—¡Ha sufrido usted, Mendoza, y nunca me lo ha dicho!—repuso la Baronesa con acento de dulce reconvencción.

—¿Y cómo decirselo á usted, Margarita, cuando tantos obstáculos se me oponían, cuando casi siempre he vivido lejos de usted?... Mis penas mayores, mis dolores verdaderos son los que he sufrido desde que la conocí... A pesar de haberme quedado solo en el mundo desde una edad muy tierna, no obstante haber perdido á mis padres y á mis hermanos, nunca he conocido la intensidad del sufrimiento, ni la grandeza del placer, hasta que la amé.

—¿Dice usted que no tiene á nadie en el mundo?

—Casi á nadie—contestó Adriano, cuya hermosa fisonomía se volvió sombría;—casi á nadie, señora, porque lo que yo amo, lo que á mí me protege es una sombra, que se me escapa cuando voy á tocarla, y que me sonríe de lejos llamándome hacia sí.

—¿No tiene usted padres?

—No: mi padre murió cuando yo era niño todavía, y me dejó al cuidado de mi hermana, casada hacía pocos meses... ¡Oh, Margarita! ¡Si supiera usted cuán buena, cuán adorable y bella era Isabel!... sólo comparable á usted, y por eso hay en mi cariño algo parecido al sentimiento que mi angélica hermana me inspiraba.

—¿Y qué fué de ella?

—¡Murió!—contestó Adriano con doloroso acento.—Su esposo salió de Madrid, y cuando volvió dentro de algunos meses, encontró á Isabel en el sepulcro, y á mí en un colegio, á donde

me habían llevado para que no presenciase su agonía...

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos del joven; mas, por un sentimiento de orgullo varonil, bajó la cabeza para ocultarlas á Margarita.

—Después—continuó tras una larga pausa—no volví á ver al esposo de mi hermana, á quien amaba tanto como á ella, porque era para mí el más amante padre... Se me dijo que había muerto ahogado en las ondas del Ebro, y esta noticia, aunque en edad muy tierna, puso en peligro mi vida. Conocí entonces que había perdido cuanto amaba en el mundo, y deseé morir. El cielo, sin embargo, me deparó un nuevo y poderoso protector. Al cumplir catorce años, se presentó en la casa donde me educaban un anciano venerable, que me entregó una carta sin fecha, pero escrita, á no dudarlo, por una mano generosa y bienhechora: en ella se me mandaba salir de allí, y comenzar á aprender el arte de Murillo y de Rafael, hacia el cual sentía yo una irresistible inclinación, sin duda á causa de lo que se había distinguido en él mi hermana. Salí, pues, con mi tutor, y visité á Roma y otras muchas ciudades de Italia, inclusa ésta, y después fuí, obedeciendo sus órdenes, á descansar de mis trabajos artísticos bajo el radiante y alegre cielo de la capital de Aragón, donde tuve la dicha de conocer á usted volviendo á Madrid algunos días después de la muerte de su esposo; pero hace tres meses recibí otra carta

en que se me mandaba volver á Nápoles, y se me ofrecía que abrazaría á mi bienhechor.

—¿Se ha cumplido esa promesa?

—¡Ay, no! Tres meses hace que anhelo ese momento, y todavía no le he visto llegar. ¡Oh, Margarita!—continuó Adriano;—mucho amo á usted porque es mi ángel tutelar en esta tierra, donde sólo dolor he conocido; pero tanto como á usted, amo á ese hombre que ha sido para mí el más amoroso, el mejor y más noble de los padres... Ahora ya sabe usted mi vida entera: ya sabe lo que soy... ¿Me cree usted, Margarita, digno de su amor?

—Sí—contestó la Baronesa.—Yo amo también á usted, Mendoza, y no me ruborizo al hacerle esta sincera confesión; mas ¡ay! no puedo ser suya jamás.

—¡Jamás!—repitió Adriano, cuya frente palideció de súbito;—¡jamás! ¿Y por qué, señora?

Durante algunos instantes la joven guardó silencio: con la respiración anhelante y las manos cruzadas sobre las rodillas, parecía sostener consigo misma un violento combate.

—Escúcheme usted, Adriano—dijo al fin, usando por vez primera del nombre de pila del artista,—escúcheme; y puesto que usted me ha hablado con tanta franqueza é ingenuidad, permítame que las emplee yo á mi vez. Cuando perdí á mi esposo—prosiguió, conteniendo con un ademán la voz del joven;—cuando perdí á mi es-

poso, le juré que jamás dejaría su nombre por ningún otro... le aseguré que nunca un nuevo amor arrancaría de mi corazón su sagrado recuerdo.

La voz de Margarita se extinguió ahogada por el llanto, y llevó su pañuelo á los ojos.

—Pero ese juramento, señora, era imposible de cumplir; esa seguridad era temeraria y arrancada sólo al dolor del primer momento.

—Se equivoca usted, Mendoza: yo amaba á aquel hombre, y en mi cariño se refundían todos los amores. Mi padre dejó de existir antes de que yo viese la luz, y perdí también á mi amante madre cuando aún no contaba yo cuatro años... Como usted, sólo tuve un protector, pero tan dulce y bueno, tan generoso y noble, que no me fué posible dejar de amarle apasionadamente... No negaré que el recuerdo de usted se presentaba lleno de encantos á mi memoria... Desde el día en que le vi en la iglesia de mi convento, pensaba en usted muchas veces; pero mi corazón era sólo del hombre que amparó mi desvalida niñez, del hombre que Dios colocó junto á mi cuna, como un ángel bienhechor. Este hombre, Adriano, ha muerto—continuó la Baronesa con acento de profunda y amarga aflicción;—pero su recuerdo está indeleble en el fondo de mi alma... Hoy, Adriano, creo que le amo á usted, y si hubiera quien pudiese persuadirme de que esa sombra querida no podría irritarse viéndome faltar á mis juramentos,

le aseguro que sería muy feliz uniendo á la suya mi suerte, y que sola, que únicamente á usted amaría yo en el mundo.

—¿Y por qué no quiere usted que yo mismo la convenza, Margarita?—exclamó el apasionado joven, atreviéndose á tomar entre las suyas las manos de la Baronesa.—¿Por qué no me deja usted persuadirla de que es culpable en hacerse infeliz? ¿Su bienhechor podría acaso ofenderse al verla dichosa?... Porque usted será muy dichosa conmigo, Margarita, y la amaré tanto, que la inmensidad de mi amor creará para entrambos un paraíso de delicias... ¡Oh, Margarita!—continuó dejándose caer de rodillas á sus pies.—¡Míreme usted por piedad, y verá escritos en mi frente mis sufrimientos de un año!... ¡Míreme usted, y verá si la engaño cuando le aseguro que moriré si pierdo la esperanza de llamarla mía!... ¡Ah! si me fuese posible, á costa de mi vida, volver la suya á su esposo, no lo dude usted, Margarita, la daría sin vacilar, y moriría dichoso con la esperanza de verla feliz; mas ya que esto no puede ser, ¡no me mate usted haciéndose desgraciada! ¡Piedad de los dos!... sí, de los dos... porque usted, Margarita... usted... ¡me ama también!

Estas últimas palabras salieron como un grito angustioso y desesperado de los labios de Adriano, y su acento vibró hasta lo más íntimo del corazón de Margarita.

¡Ah! entonces comprendió la inocente la dife-

rencia que hay entre el cariño del amante y el amor de padre. Aquel grito de pasión acabó las revelaciones que habían hecho á su cándida sencillez las amantes parejas ocultas en las misteriosas góndolas que cruzaban silenciosas las aguas del golfo, y la blanca frente de la doncella se cubrió de rubor.

Inclinóse hacia adelante por un involuntario movimiento, y el joven, arrodillado á sus pies, soltó sus manos que estrechaba fuertemente, y la oprimió contra su pecho con un movimiento de pasión indescriptible.

Durante algunos instantes latieron juntos sus corazones, y los cabellos dorados de Margarita se confundieron con los hermosos rizos castaños del artista; mas de súbito se estremeció la joven, y se echó hacia atrás pálida y con los ojos dilatados.

Muy cerca del balcón, y al compás de dos remos que batían las aguas, un hombre entonaba una canción española de encantadora melancolía.

El timbre apasionado y melancólico de su voz era lo que había conmovido tan fuertemente á la joven Baronesa.

—¡Ah!...—exclamó con ahogado acento y volviéndose hacia Adriano, que acababa de ponerse en pie.—¿Oye usted?

El joven hizo un ademán afirmativo, y siguió contemplando á Margarita con apasionada adoración.

Mas ella, atraída por una fuerza magnética, se dirigió al balcón, y se apoyó en la balaustrada escuchando con ávida ansiedad estos versos:

Blanca y dulce paloma,
Detén el raudó vuelo,
Y el puro, hermoso cielo,
No olvides de Aragón.
Bate hacia allí tus alas
Y encontrarás la dicha...
Aquí sólo hay desdicha,
Pesares y aflicción.

Calló la voz, y Margarita aún escuchaba ansiosa. El mismo Adriano había desaparecido á sus ojos, aunque estaba de pie á su lado: su mirada se fijaba como fascinada en la barquilla de donde salía la voz. De repente extendió los brazos, cubriéronse de lágrimas sus ojos y un grito de alegría brotó de sus labios. El cantor se había puesto de pie en la barca: su larga capa española ondulaba á merced del viento de la noche, y tenía en la mano su sombrero de fieltro negro de anchas alas; su cabellera, que caía en negros bucles, era de una hermosura incomparable; sus grandes ojos, negros como el azabache bruñido, parecían nadar en un globo húmedo y azulado y se fijaban con intensa mirada en el semblante de Margarita; llevaba el negro y sedoso bigote retorcido como los caballeros del tiempo de Felipe IV, y sus espesas cejas, que formaban dos arcos de ébano hermosos y tendidos, acababan de dar á aquella

hermosa fisonomía un aire fantástico y sobrenatural.

Margarita pudo distinguir muy bien al cantor y descubrir la belleza de su semblante; vió la ardiente mirada de aquellos deslumbradores ojos fijos en los suyos, y escuchó, en toda su sonora extensión, aquella seductora voz, cuando entonó la segunda estrofa de su canción:

Vuelve á tu cielo hermoso
Y encontrarás la calma,
Que de tu madre el alma
Por ti velando está.
¡Cándida flor del valle!
Morir aquí es tu suerte;
Y ¿quién ¡ay! de la muerte
Aquí te salvará?

—¡Alberto!—gritó Margarita tendiendo sus manos hacia la góndola; y la infeliz joven cayó sin sentido en los brazos de Adriano, mientras que la visión desaparecía en el fondo del esquife y se iba á perder entre las sombras de Ischia.

FIN DE LA PARTE TERCERA